

843

B.

PQ 2167

.p6

s6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL TALISMAN

A fines del mes de Octubre último entró un joven en el Palacio Real en el momento en que se abrían las casas de juego, con arreglo á la ley que protege una pasión que se impone esencialmente, y subió, sin vacilar apenas, la escalera del garito designado con el nombre de número 36.

—Caballero, tenga usted la bondad de entregarme su sombrero—le dijo con voz seca y gruñona un viejecillo pálido, acurrucado en la sombra, protegido por una barricada, y que se levantó de pronto dejando ver un rostro de tipo inoble.

A todo el que entra en una casa de juego, la ley empieza por privarle de su sombrero. ¿Es esto una parábola evangélica y providencial? ¿No será más bien un modo de celebrar un contrato infernal en el que se le exige á uno no sé qué prenda? ¿Será acaso por obligarle á adoptar un porte respetuoso ante aquellos que le van á ganar su dinero? O consiste por ventura

en que la policía, emboscada en todas las cloacas sociales, tiene empeño en saber el nombre del sombrero ó del individuo en cuestión, si lo ha inscrito en el forro? ¿Será, finalmente, para medir el cráneo del jugador y formar una estadística instructiva de la capacidad cerebral de cuantos al juego se dedican? Acerca de este punto, la administración pública guarda completo silencio. Pero téngase muy en cuenta que tan luego como cualquiera adelanta un paso hacia el tapete verde, deja de pertenecerle su sombrero, del mismo modo que él deja de pertenecerse á sí mismo; con el individuo, entra en el juego su fortuna, su sombrero, su bastón y su abrigo. Al salir, el "juego" le demostrará, mediante un atroz epigrama en acción, que le deja todavía algo en el mero hecho de devolverle su equipaje; y si, con todo, tiene un sombrero nuevo, conocerá á su costa que necesita hacerse un traje de jugador.

La extrañeza manifestada por el joven al recibir una contraseña numerada á cambio de su sombrero, cuyas alas estaban, por fortuna, un tanto raídas, indicaba de sobra que su alma era aún inocente; así fué que el viejecillo, encenagado sin duda desde su edad juvenil en los fogosos placeres de la vida de los jugadores, le echó una ojeada vaga y sin calor en la cual un filósofo habría visto las miserias del hospital, las vagancias de las gentes arruinadas, las sumarias de una porción de asfixias, las cadenas perpetuas y las expatriaciones á orillas del Coatzacoalcos. El rostro pálido y prolongado de aquel hombre, que parecía alimentarse solamente de sopas gelatinosas de d'Arcet, presentaba la imagen de la pasión reducida á su mayor

sencillez. En sus arrugas había cierta huella de pasadas torturas; debía jugarse su escaso sueldo el mismo día en que lo cobraba; semejante á los rocines viejos en los que ya no hacen mella los latigazos, no había nada que le estremeciera; los gemidos sordos de los jugadores que salían aruinados, sus imprecaciones mudas, sus miradas aleladas, no excitaban en modo alguno su sensibilidad. Era la encarnación del Juego. Si el joven hubiese contemplado á aquel triste Cerbero, quizás habría dicho para sí: "En ese corazón no hay más que un juego de naipes." Pero el desconocido no dió oídos á aquel consejo viviente, puesto sin duda allí por la Providencia, del mismo modo que ha colocado el tedio á la puerta de todos los lugares malsanos; y entró resueltamente en la sala donde el sonido del oro ejercía una deslumbradora fascinación en los sentidos llenos de codicia. Aquel joven iba allí impelido probablemente por la más lógica de todas las elocuentes frases de Jacobo Rousseau, y cuya triste síntesis es, según creo, la siguiente: "Sí, concibo que un hombre vaya á jugar; pero es cuando entre él y la muerte no ve más que su último escudo."

Por la noche, las casas de juego no tienen más que una poesía vulgar, pero de efecto seguro, como el de un drama sanguinolento. Las salas están llenas de espectadores y de jugadores, de viejos indigentes que acuden trabajosamente allí para calentarse, de rostros agitados, de orgías comenzadas en el vino para concluir en el Sena. Si la pasión abunda en ellas, el excesivo número de actores impide contemplar frente á frente al demonio del juego. La velada es una verdadera pieza de conjunto en que toda la compañía

grita, en la que cada instrumento de la orquesta modula su frase. Allí se ve muchas personas distinguidas que van en busca de distracciones, y las pagan como pagarían el placer de una función teatral ó el de la gula, ó como irían á una buhardilla á comprar á vil precio dolorosos sinsabores para tres meses. Pero ¿es posible comprender todo el delirio y el vigor que debe de haber en el alma de un hombre que aguarda con impaciencia la apertura de un garito? Entre el jugador de la mañana y el de la noche media la diferencia que distingue al marido indolente del amante embobado al pie del balcón de su bella. Por la mañana llegan á su mayor dominio la pasión palpitante y la necesidad en su franco horror. En aquel momento se puede admirar á un verdadero jugador, á un jugador que no ha comido, ni dormido, ni vivido, ni pensado; tan rudamente flagelado está por el azote de su martingala; tanto es lo que ha padecido, acosado por el prurito de una jugada de "treinta y cuarenta." A aquella hora maldita, se encontrarán ojos cuya calma asusta, rostros que fascinan, miradas que levantan las cartas y las devoran. Por esto las casas de juego no son sublimes sino al dar principio las partidas. Si España tiene sus corridas de toros, si Roma ha tenido sus gladiadores, París se enorgullece de su Palacio Real cuyas incitantes ruletas proporcionan el goce de ver correr la sangre á ríos, sin que los pies de los espectadores se expongan á resbalar en ella. Procúrese echar una furtiva ojeada á esa liza; penétrese en ella. . . . ¡Qué desnudez! Las paredes, cubiertas de un papel sucio hasta la altura de un hombre, no presentan una sola imagen que pueda refrescar el alma: en ellas ni siquiera se

encuentra un clavo para facilitar el suicidio. El suelo está desgastado, sucio. Una mesa oblonga ocupa el centro de la sala. La sencillez de las sillas de enea, aglomeradas alrededor del tapete raído por el dinero, revela una curiosa indiferencia hacia el lujo por parte de esos hombres que van allí á perecer por la fortuna y por el lujo. Esta antítesis humana se descubre donde quiera que el alma ejerce una poderosa reacción sobre sí misma. El enamorado desea rodear á su amada de sedas, revestirla de un suave tejido oriental, y, sin embargo, la mayor parte de las veces la posee en un camastro. El ambicioso sueña con elevarse á la cumbre del poder mientras se hunde en el lodo del servilismo. El mercader vegeta en el fondo de una tienda húmeda y malsana, construyendo al propio tiempo un palacio, del cual su hijo, heredero precoz, será expulsado por una subasta fraternal. En fin, ¿hay algo más desagradable que una casa de prostitución? El hombre, siempre en oposición consigo mismo, engañando sus esperanzas con sus males presentes y sus males con un porvenir que no le pertenece, imprime á todos sus actos el carácter de la inconsecuencia y de la debilidad. En la tierra no hay nada completo sino la desventura.

Cuando el joven entró en la sala, había ya en ella unos cuantos jugadores. Tres ancianos calvos estaban indolentemente sentados al rededor del tapete verde; sus caras de yeso, impassibles como las de los diplomáticos, revelaban almas hastiadas, corazones que hacía mucho tiempo perdieron la costumbre de palpar, aun arriesgando los bienes parafernales de una esposa. Un joven italiano, de color aceitunado, estaba tranquila-

mente al extremo de la mesa, apoyando en ella los codos, y parecía escuchar esos presentimientos secretos que gritan fatalmente á un jugador: "¡Sí! ¡No!" Aquella cabeza meridional respiraba oro y fuego. Siete ú ocho espectadores, de pie, colocados como el público de un teatro, aguardaban las escenas que les preparaban los golpes de la suerte, las caras de los actores, el movimiento del dinero y el de las raquetas. Aquellos desocupados estaban allí silenciosos, inmóviles, atentos, como lo está el pueblo en la plaza de la Grève cuando el verdugo corta una cabeza. Un hombre alto y seco, que vestía un frac raído, tenía un registro en una mano y en la otra un alfiler para marcar los pasos del encarnado ó del negro. Era uno de esos tántalos modernos que viven con lisura de todos los goces de su siglo; uno de esos avaros sin tesoros que juegan una puesta imaginaria; especie de loco razonable que se consolaba de sus miserias acariciando una quimera; que procedía, en fin, con el vicio y el peligro como los curas jóvenes con la Eucaristía cuando dicen misas en seco. Enfrente de la banca, uno ó dos de esos finos especuladores, expertos en las probabilidades del juego, y parecidos á antiguos forzados á quienes ya no asustan las galeras, habían ido allí para aventurar tres jugadas y lograr la probable ganancia de que vivían. Dos viejos criados se paseaban indolentemente cruzados de brazos, y de cuando en cuando miraban el jardín por las ventanas como para enseñar á los transeuntes sus aplanadas caras á guisa de muestra. El banquero acababa de echar sobre los puntos esa mirada apagada que los mata, y decía con voz tranquila: "¡Juego!" cuando el joven abrió la puerta. Reinó un silencio

en cierto modo más profundo, y todas las cabezas se volvieron por curiosidad hacia el recién llegado. Y ¡cosa inaudita! aquellos viejos hastiados é insensibles, aquellos empleados petrificados, los espectadores y hasta el fanático italiano, todos, al ver al desconocido, experimentaron cierta sensación de espanto. ¿No se necesita ser bien desgraciado para causar compasión, bien débil para despertar simpatías ó de aspecto bien siniestro para hacer que se estremezcan las almas en una sala en que los dolores deben ser mudos, la miseria jovial y la desesperación mesurada? Pues de todo ello había en la nueva sensación que agitó á aquellos corazones helados cuando el joven entró. Pero ¿acaso no han llorado alguna vez los verdugos ante las doncellas cuyas encantadoras cabezas debían cortar á una seña de la Revolución?

A la primera ojeada, los jugadores leyeron en el rostro del novicio algún horrible misterio: sus juveniles facciones estaban impregnadas de cierta gracia nebulosa; su mirada revelaba esfuerzos burlados, mil esperanzas fallidas. La tétrica impassibilidad del suicidio daba á aquella frente una palidez mate y enfermiza; una sonrisa amarga formaba leves arrugas en las comisuras de la boca, y la fisonomía expresaba una resignación que no podía contemplarse sin tristeza. En el fondo de aquellos ojos, velados quizás por las fatigas del placer, brillaba algún secreto genio. ¿Era tal vez la crápula lo que mareaba con su inmundó sello aquel noble rostro, en otro tiempo puro y ardiente, y á la sazón degradado? Los médicos habrían atribuido sin duda á lesiones del corazón ó del pecho el círculo amarillento que rodeaba los párpados y la rubicundez que se notaba en las mejillas.

llas, en tanto que los poetas habrían pretendido reconocer en tales signos los estragos de la ciencia, las huellas de las noches aplicadas al estudio, á la luz de una lámpara. Pero una pasión más mortal que la enfermedad, una enfermedad más implacable que el estudio y el genio, alteraban aquella juvenil cabeza, contraían aquellos músculos vivaces, retorcían aquel corazón en el que apenas habían hecho mella las orgías, el estudio y la enfermedad. Así como, cuando un criminal célebre llega al presidio, los presidiarios le reciben con respeto, así también todos aquellos demonios humanos, expertos en torturas, saludaron en aquel joven un dolor inaudito, una herida profunda que sus miradas sondeaban, y en la majestad de su muda ironía y en la elegante miseria de su traje le reconocieron por uno de sus príncipes. El joven vestía un frac de buen gusto, pero la unión de su chaleco y de su corbata estaba hecha con demasiado cuidado para que se pudiera suponer que llevaba camisa. Sus manos, finas y bonitas como las de una mujer, eran de limpieza dudosa: en fin, ¡hacía dos días que no llevaba guantes! Si el banquero y hasta los mismos criados se estremecieron, consistió en que los hechizos de la inocencia florecían por vestigios en aquellas formas enjutas y finas, en aquellos cabellos rubios y ralos, rizados naturalmente. Aquella figura sólo tenía veinticuatro años y el vicio no parecía ser en ella más que un accidente. La verde vida de la juventud luchaba en ella todavía con los estragos de una impotente lubricidad. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia pugnaban allí produciendo á la vez donaire y horror. El joven se presentaba en aquella sala como un ángel sin rayos, extraviado en su camino. Por esto todos aquellos

profesores jubilosos de vicio y de infamia, semejantes á una vieja desdentada, movida á compasión al aspecto de una doncella que se ofrece á la corrupción, estuvieron á punto de gritar al novicio: "¡Sal de aquí!"; pero éste se acercó en derechura á la mesa, se mantuvo en pie, y echó en el tapete verde, sin calcular nada, una moneda de oro que llevaba en la mano y que fué rodando hasta el negro; luego, como las almas fuertes que aborrecen cavilosas incertidumbres, fijó en el banquero una mirada turbulenta á la par que tranquila. El interés de aquella jugada era tan grande que los viejos no hicieron ninguna puesta; pero el italiano aprovechó, con el fanatismo de la pasión, una idea que acababa de sonreírle, y apuntó todo su dinero contra el juego del desconocido. El banquero se olvidó de pronunciar esas frases que á la larga se han convertido en un grito ronco é ininteligible: "¡Juego! ¡Va!" El que tallaba extendió los naipes y pareció desear buena suerte al recién llegado, pues le tenía sin cuidado que ganaran ó perdieran los empresarios de aquellos sombríos placeres. Cada espectador creía ver un drama, la última escena de una noble vida en la suerte de aquella moneda de oro; chispearon los ojos clavados en los cartones fatídicos, más, á pesar de la atención con que miraban alternativamente al joven y á las cartas, no pudieron sorprender ningún síntoma de emoción en su rostro frío y encarnado. "Encarnado, par, pase," dijo oficialmente el que tallaba.

Una especie de estertor sordo salió del pecho del italiano cuando vió caer á su lado uno á uno los billetes que le lanzó el banquero. El joven no comprendió su ruina hasta el momento en que se alargó la raqueta

para recoger su última pieza de veinte francos. El marfil arrancó un ruido seco á la moneda que, rápida como una flecha, fué á reunirse al montón de oro que había delante de la caja. El desconocido cerró los ojos suavemente, palidicieron sus labios; pero en breve abrió los párpados, su boca recobró el color del coral, afectó el aire de un inglés para quien la vida carece de misterios, y desapareció sin mendigar un consuelo, con una de esas miradas desgarradoras que los jugadores desesperados lanzan á los espectadores. ¡Cuántos sucesos se agolpan en el espacio de un segundo, y cuántas cosas en una jugada de dados!

—Sin duda ha quemado su último cartucho—dijo sonriendo el banquero después de un momento de silencio durante el cual tuvo aquella moneda de oro entre el índice y el pulgar para enseñarla á los circunstantes.

—Es una cabeza caliente que va á echarse al agua—respondió un parroquiano mirando á los jugadores, todos los cuales se conocían.

—¡Bah!—exclamó el criado sorbiendo un polvo.

—¡Ah, si hubiésemos imitado á este caballero!.....—dijo á sus colegas uno de los viejos designando al italiano.

Todos fijaron la vista en el afortunado jugador á quien le temblaban las manos mientras contaba los billetes de Banco y que dijo:

—He oído una voz que me gritaba: El juego tendrá razón contra la desesperación de ese joven.

—No es jugador—replicó el banquero,—pues de lo contrario habría hecho tres partes de su dinero para tener más probabilidades de ganancia.

El joven salía sin reclamar su sombrero, pero el viejo

mastín, que había reparado en el mal estado de aquel guñapo, se lo entregó sin decir palabra; el jugador devolvió maquinalmente la contraseña y bajó la escalera silbando "Di tanti palpiti" con sople tan leve, que apenas oía él mismo las deliciosas notas.

Al poco rato se encontró en los pórticos del Palacio Real, fué hasta la calle de San Honorato, tomó el camino de las Tullerías y atravesó el jardín con paso indeciso. Andaba como en medio de un desierto, recibiendo codazos de gente á quien no veía y sin escuchar de entre los rumores populares más que una sola voz, la de la muerte; en suma, abismado en una meditación abrumadora, parecida á la que se apoderaba de los criminales que en otro tiempo iban en una carreta desde el palacio de Justicia á la plaza de la Greve, hacia aquel cadalso tinto de la mucha sangre derramada en 1793.

En el suicidio hay un no sé qué de grande y espantoso. Las caídas de muchas gentes carecen de peligro, como las de los niños que caen desde poca elevación para hacerse daño; pero cuando un grande hombre se hace pedazos, debe venir desde mucha altura, haberse remontado á los cielos, columbrado algún paraíso inaccesible. Los huracanes que le obligan á pedir la paz del alma al cañón de una pistola deben ser implacables. ¡Cuántos talentos juveniles relegados á una misera buhardilla se agostan y perecen por falta de un amigo ó de una mujer que los consuele, en el seno de un millón de seres, en presencia de una multitud hastiada de oro y que se aburre! Ante este pensamiento, el suicidio adquiere proporciones gigantescas. Entre una muerte voluntaria y la fecunda esperanza cuya voz

llamaba á un joven á París, sólo Dios sabe cuántas ideas, cuántas poesías abandonadas, cuántas desesperaciones y gritos ahogados, cuántas tentativas inútiles y obras maestras abortadas chocan entre sí. Cada suicidio es un poema sublime de melancolía. ¿Dónde podrá encontrarse, en el piélago de las literaturas, un libro flotante que pueda competir en genio con este suelto de gaceta:

“Ayer, á las cuatro, una joven se echó al Sena desde el puente de las Artes?”

Ante este laconismo parisiense, todo es pálido, lo mismo los dramas que las novelas y hasta esta antigua portada: “Las lamentaciones del glorioso rey de Kaer-navan, reducido á prisión por sus hijos;” postrer fragmento de un libro perdido, cuya lectura arrancaba lágrimas á Sterne, aun cuando él mismo dejaba en el abandono á su mujer y á sus hijos.

Mil pensamientos análogos asediaron al desconocido, pasando en jirones por su alma, como las banderas desgarradas revolotean en medio de una batalla. Si por un momento se aligeraba de la pesadumbre de su inteligencia y de sus recuerdos para detenerse ante algunas flores cuyas corolas balanceaba suavemente la brisa entre las masas de verdura, sobrecoigido en breve por una convulsión de la vida que pugnaba aún con la abrumadora idea del suicidio, levantaba los ojos al cielo, y allí, las cenicientas nubes, las ráfagas de viento grávidas de tristeza, una atmósfera pesada, seguían aconsejándole la muerte. Encaminóse al Puente Real pensando en las postreras fantasías de sus predecesores. Sonreíase al pensar que lord Castlereagh había satisfecho la más humilde de nuestras necesidades an-

tes de cortarse el cuello, y que el académico Anger fué á buscar su tabaquera para tomar un polvo mientras marchaba al suplicio. Analizaba estas extrañezas y se interrogaba á sí mismo cuando, al arrimarse al pretil del puente para dejar pasar á un mozo del mecado, éste le ensució ligeramente la manga del frac, y se sorprendió limpiándose cuidadosamente el polvo que le había dejado. Al llegar al punto culminante del arco, miró el agua con aire siniestro.

—Mal tiempo para ahogarse—dijo riendo una vieja vestida de andrajos.—El Sena está sucio y frío.

Respondió con una sonrisa llena de sencillez que atestiguaba el delirio de su valor; pero se estremeció al ver á lo lejos, en el puente de las Tullerías, una barraca con un rótulo en que estaban trazadas estas palabras en letras de un pie de altura: “Socorros á los asfixiados.” Apareciósele el señor Dacheux armado de su filantropía, despertando y poniendo en movimiento aquellos virtuosos remos que rompen la cabeza á los ahogados cuando por desgracia salen á flor de agua; le vió alarmando á los curiosos, buscando médicos y preparando fumigaciones; leyó las frases de duelo de los periodistas escritas entre los goces de un festín y la sonrisa de una bailarina, y oyó sonar el dinero entregado por el prefecto del Sena á los barqueros que le salvaban la vida. Muerto valía cincuenta francos; pero vivo no era más que un hombre de talento sin protectores, sin amigos, sin notoriedad, un verdadero cero social, inútil al Estado que no se cuidaba de él para nada. Una muerte en pleno día le pareció inoble, por lo cual se resolvió morir de noche para entregar un cadáver indescifrable á esa sociedad que descono-

cía la grandeza de su vida. Continuó, pues, su camino, y se dirigió hacia el muelle Voltaire, andando con la indolencia de un desocupado que quiere matar el tiempo. Cuando bajó los escalones que terminan la acera del puente, en la esquina del muelle le llamaron la atención los puestos de libros viejos que había en el pretil, y poco faltó para que tratara de comprar algunos. Sonrió, se metió filosóficamente las manos en los bolsillos, é iba á tomar de nuevo su actitud de indiferencia en la que traslucía un frío desdén, cuando oyó con sorpresa el sonido, verdaderamente fantástico, de algunas monedas en el fondo de su bolsillo. Una sonrisa de esperanza iluminó su rostro, pasó de sus labios á sus facciones y á su frente, é hizo brillar de alegría sus ojos y sus sombrías mejillas. Aquel destello de felicidad se parecía á esas chispas que corren por los contornos de un papel consumido ya por la llama; pero el rostro corrió la misma suerte que las cenizas negras: volvió á ponerse triste cuando el desconocido, después de sacar vivamente la mano del bolsillo, vió que sólo había en él tres monedas de diez céntimos.

—¡Ah, buen caballero! “¡La caritá, la caritá, Catarina!” ¡Un centimito para comprar pan!

Un muchacho deshollinador, cuyo abultado rostro estaba negro, el cuerpo sucio de hollín, la ropa hecha jirones, alargó la mano para privarle de sus últimos sueldos.

A dos pasos del pequeño saboyano, un pobre vergonzante, anciano, enfermizo, achacoso, miserablemente cubierto por un trozo de alfombra agujereada, le dijo con voz sorda:

—Caballero, “deme usted lo que quiera,” rezaré por usted....

Pero cuando el joven miró al viejo, éste se calló y ya no pidió nada, reconociendo tal vez en aquel rostro fúnebre el sello de una miseria más insoportable que la suya.

—“¡La caritá! ¡la caritá!”

El desconocido entregó sus monedas al niño y al anciano, bajando de la acera para dirigirse hacia las casas, pues no podía soportar el luctuoso aspecto del Sena.

—Rogaremos á Dios por su salud—le dijeron los dos mendigos.

Al llegar al escaparate de una estampería, nuestro hombre, casi muerto, vió á una joven que se apeaba de un elegante carruaje. Contempló con delicia aquella mujer encantadora á cuyo blanco rostro servía de armonioso marco el raso de un precioso sombrero, y le sedujo aquel esbelto talle, aquellos donosos movimientos. Como al poner el pie en el estribo quedara un tanto levantado el vestido, pudo ver una pierna cuyos finos contornos estaban marcados por una media blanca y estirada. La joven entró en la tienda y se puso á examinar álbuns y litografías, y compró algunos, dando en pago varias monedas de oro que brillaron y sonaron en el mostrador. El joven, que continuaba en la puerta, ocupado, á lo que parecía, en mirar los grabados expuestos en el escaparate, cambió vivamente con la bella desconocida la ojeada más penetrante que pueda lanzar un hombre, contra una de esas miradas indiferentes que se dirigen al azar á los transeuntes. Por su parte, era un adiós al amor, á la mujer; pero esta postrera

y poderosa interrogación no fué comprendida ni conmovió el corazón de aquella mujer frívola, ni la sonrojó, ni la hizo bajar la vista. Qué significaba aquella mirada para ella? Una admiración más; un deseo inspirado que por la noche le sugeriría esta agradable frase: "Hoy estaba yo guapa." El joven pasó repentinamente á otro cuadro, y ya no volvió la cabeza cuando la desconocida subió á su carruaje. Los caballos arrancaron, y aquella última imagen del lujo y de la elegancia se eclipsó como iba á eclipsarse su vida. Siguió andando con paso melancólico por delante de las tiendas, examinando sin gran interés las muestras de las mercancías. Luego se puso á contemplar el Louvre, el Instituto, las torres de Nuestra Señora, las del Palacio de Justicia y el Puente de las Artes. Parecíale que aquellos monumentos presentaban un aspecto triste al reflejar las tintas grises del cielo, cuyas escasas claridades comunicaban un aire amenazador á París que, como una mujer bonita, está sujeto á inexplicables caprichos de fealdad y de belleza. Así, pues, la misma naturaleza parecía que conspiraba á sumir al moribundo en éxtasis doloroso. Presa de esa potestad maléfica cuya acción disolvente encuentra un vehículo en el fluido que circula por nuestros nervios, sentía que su organismo pegaba insensiblemente á los fenómenos de la fluidez. Los tormentos de aquella agonía le imprimían un movimiento parecido al de las olas, haciéndole ver los edificios y las personas al través de una bruma en la que todo ondula. Quiso sustraerse á las titilaciones que producían en su alma las reacciones de la naturaleza física, y se acercó á una tienda de antigüedades con objeto de dar cierto pasto á sus sentidos, ó de aguardar allí, ajus-

tando objetos de arte, á que se hiciera de noche. Era, por decirlo así, postular valor y pedir un cordial, como los reos que desconfían de sus fuerzas al ir al cadalso; pero la conciencia de su próxima muerte volvió al joven por un momento la entereza de una duquesa que tiene dos amantes y penetró en la tienda con soltura, dejando ver en sus labios una sonrisa fija como la de un beodo. ¿No estaba embriagado de la vida, ó quizás de la muerte? Pero en breve volvió á sus vértigos y siguió viendo las cosas con colores extraños ó animados de un leve movimiento cuyo origen estaba sin duda en una irregular circulación de la sangre, tan pronto hirviente cual una cascada, como tranquila é insípida como el agua tibia. Solicitó sencillamente visitar el almacén para ver si había en él algunas singularidades que le conviniere. Un dependiente joven, de cara fresca y mofletuda, de cabellos rojos y cubiertos con un gorro de piel de nutria, confió el cuidado de la tienda á una vieja aldeana, especie de "Calibán" hembra, ocupada en limpiar una estufa cuyas maravillas se debían al genio de Bernardo de Palissy; y luego dijo al desconocido con indiferencia:

—Aquí abajo sólo tenemos cosas ordinarias; pero si quiere usted tomarse la molestia de subir al primer piso podrá enseñarle hermosas momias del Cairo, muchos cacharros incrustados, algunos ébanos esculpidos, "verdadero Renacimiento," recién llegados, y que no hay más que pedir.

En la horrible situación en que el joven se encontraba, aquellas frases neciamente mercantiles le hicieron el mismo efecto que esas sandeces con que ciertas personas de escasa imaginación asesinan á un hombre de

genio. Llevando su cruz hasta el extremo, pareció escachar á su guía y le contestó con ademanes ó con monosílabos; pero supo conquistar insensiblemente el derecho de permanecer callado, y pudo entregarse sin reparo á sus postreras meditaciones, que fueron terribles. Era poeta, y su alma encontró fortuitamente un inmenso pasto; debía ver por anticipado las osamentas de veinte mundos.

Al pronto, los almacenes le presentaron un cuadro confuso en el cual todas las obras humanas y divinas estaban revueltas. Cocodrilos, monos, boas disecados, ¡recían sonreír á ventanales de iglesia, disponerse á morder bustos, correr tras objetos de laca, ó trepar por arañas. Un jarrón de Seyres, en el que la señora Jacotot había pintado á Napoleón, yacía junto á una esfinge dedicada á Sesosítris. El principio del mundo y los acontecimientos de la víspera formaban un grotesco y candoroso maridaje. Sobre una custodia se veía un asador, y un sable republicano sobre un arcabuz de la Edad media. La señora Dubarry, pintada al pastel por Latour, con una estrella en la cabeza, desnuda y en una nube, parecía contemplar con concupiscencia un pipa india, procurando adivinar la utilidad de las espirales que serpeaban hacia ella. Los instrumentos de muerte, como puñales, pistolas curiosas, armas de secreto, estaban confusamente mezclados con los instrumentos de vida: soperas de porcelana, platos de sajonia, tazas diáfanas procedentes de China, salerós antiguos, salvillas feudales. Un barco de marfil navegaba á toda vela sobre el caparazón de una inmóvil tortuga. Una máquina neumática casi dejaba tuerto al emperador Augusto, majestuosamente impasible. Muchos retratos de regidores

franceses y de burgomaestres holandeses, tan insensibles entonces como durante su vida, descollaban entre aquel caos de antigüedades, lanzando hacia el joven una mirada fría. Todos los países de la tierra parecían haber llevado allí algunas reliquias de su ciencia, alguna muestra de sus artes. Era una especie de estercolero filosófico en el cual no faltaba nada, ni la pipa del salvaje, ni la babucha verde y oro del serrallo, ni el yatagán del moro, ni el ídolo de los tártaros: allí había hasta la bolsa de tabaco del soldado, acompañada del copón del sacerdote y las plumas de un trono. Tan monstruosos cuadros estaban, además, sujetos á mil accidentes de luz, consecuencia de la multitud extraña de reflejos causados por la confusión de los matices, por la brusca oposición de las luces y de las sombras. El oído creía percibir gritos no interrumpidos, la imaginación sorprender dramas no terminados, la vista divisar fulgores mal apagados. Finalmente, un polvillo obstinado parecía haber extendido su velo sutil sobre aquellos objetos, cuyos múltiples ángulos y numerosas sinuosidades producían los efectos más pintorescos.

El desconocido comparó al pronto aquellas tres salas atiborradas de civilización, de cultos, de divinidades, de obras maestras, de realezas, de libertinajes, de razón y de locura, á un espejo lleno de facetas, cada una de las cuales representara un mundo. Después de aquella impresión brumosa quiso escoger sus goces; mas á fuerza de mirar, de pensar, de soñar, le acometió una fiebre dimanada quizás del hambre que rugía en sus entrañas. La vista de tantas existencias nacionales ó individuales, atestiguadas por aquellas prendas humanas que las sobrevivían, acabó de embotar los sentidos del joven; rea-

lizóse el deseo que le había llevado á la tienda: salió de la vida real, ascendió gradualmente hacia un mundo ideal, y llegó á los palacios encantados del Extasis en que el universo se le apareció por residuos y en trazos de fuego, como en otro tiempo pasó el porvenir flameante por los ojos de San Juan en Patmos.

Una muchedumbre de figuras dolientes, graciosas y terribles, obscuras y lúcidas, lejanas y próximas, surgió por masas, por millones, por generaciones. El Egipto, rígido, misterioso, brotó de sus arenas, representado por una momia envuelta en negras vendas; siguieron los faraones sepultando pueblos enteros para construirse una tumba, y Moisés, y los hebreos y el desierto; vislumbró todo un mundo antiguo y solemne. Una estatua de mármol, fresca y suave, sentada en una columna retorcida y radiante de blancura, le habló de los mitos voluptuosos de la Grecia y de la Jonia. ¡Ah! ¿Quién no habría sonreído como él al ver, sobre fondo rojo, la joven morena danzando en la fina arcilla de un jarrón etrusco ante el dios Priapo, al que saludaba con jubilosa expresión? Enfrente, ¡una reina latina acariciaba su quimera con amor! Los caprichos de la Roma imperial respiraban allí enteramente y revelaban el baño, el lecho, el tocador de una Julia indolente, mediatibunda, que aguardaba á su Tíbulo. La cabeza de Cicerón, armada del poder de los talismanes, árabes, evocaba los recuerdos de la Roma libre y ofrecía á su vista las páginas de Tito Livio. El joven contempló "Senatus populusque romanus;" el cónsul, los lictores, las togas bordadas de púrpura, las luchas del Foro y el pueblo enojado desfilaban lentamente ante él como las vaporosas figuras de un ensueño. Por último, la Ro-

ma cristiana predominaba sobre estas imágenes. Una pintura abría los ojos, y en ella veía á la Virgen María en una nube de oro, rodeada de ángeles, eclipsando la gloria del sol, escuchando los lamentos de los desgraciados á quienes esta Eva regenerada sonreía cariñosamente. Al tocar un mosaico hecho con las diferentes lavas del Vesubio y del Etna, su alma se lanzaba á la cálida y salvaje Italia; presenciaba las orgías de los Borgia, corría á los Abruzos, aspiraba á los amores de las italianas, se apasionaba de los blancos rostros de grandes ojos negros. Estremeciase al contemplar los desenlaces nocturnos interrumpidos por el frío acero de un marido, al ver una daga de la Edad media con el mango labrado como un encaje y cuyo orín tenía todas las trazas de manchas de sangre. La India y sus religiones revivían en un ídolo cubierto con su sombrero puntiagudo de rombos salientes, adornado de campanillas y vestido de oro y seda. Cerca de este mascarón, una esterilla, bonita como la bayadera que se había extendido en ella, exhalaba aún efluvios del sándalo. Un monstruo de la China, de ojos oblicuos, boca torcida y miembros torturados, despertaba el alma valiéndose de las invenciones de un pueblo que, cansado de lo bello, siempre unitario, halla placeres inefables en la fecundidad de las fealdades. Un salero salido de los talleres de Benvenuto Cellini le conducía al seno del Renacimiento, á aquel tiempo en que florecían las artes y la licencia, en que los soberanos se divertían imponiendo suplicios, en que los concilios, echados en los brazos de las cortesanas, decretaban la castidad para los simples sacerdotes. Vió las conquistas de Alejandro labradas en un camafeo, las matanzas de Pizarro en un arcabuz

de mecha, las guerras de religión descabelladas, desastrosas, crueles, en el fondo de un casco. Luego, las risueñas imágenes de la caballería brotaron de una armadura de Milán superiormente damasquinada, perfectamente acicalada, y bajo cuya visera aún se veían brillar los ojos de un paladín.

Aquel océano de inventos, de modas, de obras, de ruinas, constituía para él un poema sin fin. Formas, colores, pensamientos, todo revivía allí; pero no se ofrecía á su alma nada completo. El poeta debía terminar el croquis del gran pintor que había hecho aquella inmensa paleta en que los innumerables accidentes de la vida humana estaban arrojados profusamente y con desdén. Después de haberse apoderado del mundo, de contemplar países, edades y reinados, el joven pasó á considerar existencias individuales. Se personificó de nuevo, y se hizo cargo de los detalles rechazando la vida de las naciones como demasiado abrumadora para un solo hombre.

Allí dormía un niño de cera, salvado del gabinete de Ruysch, y esta preciosa criatura le recordaba los goces de su edad juvenil. Ante el prestigioso aspecto del faldellín original de alguna doncella de Tahití, su ardorosa imaginación le representaba la vida sencilla de la naturaleza, la casta desnudez del verdadero pudor, las delicias de la pereza tan natural en el hombre, todo un sino tranquilo á orillas de un riachuelo fresco y murmurante, al pie de un plátano que deparaba un maná sabroso, sin necesidad de cultivo. Mas de pronto se hacía corsario y se creía rodeado de la terrible poesía que impregna el papel de Lara, vivamente inspirado por los colores nacarados de mil conchas, exaltado por

la vista de algunas madreporas que trasecien á fuecos, á algas y á los huracanes atlánticos. Admirando más allá las delicadas miniaturas, los arabescos de oro y azul que enriquecían algún precioso misal manuscrito, olvidaba los tumultos del mar. Mecido blandamente en un pensamiento de paz, enlazaba de nuevo el estudio y la ciencia, apetecciendo la regalona vida de los monjes, exenta de sinsabores como de placeres, y se tenía en el fondo de una celda, contemplando desde su ojival ventanas los prados, los bosques y los viñeros del monasterio. Ante algunos lienzo de Teniers, se ponía la casaca del soldado ó el mísero chaquetón del obrero; deseaba llevar el gorro sucio y ahumado de los flamencos, se embriagaba con cerveza, jugaba á los naipes con ellos y sonreía á una zafia aldeana de robustez apetitosa. Tiritaba al mirar una nevada en un lienzo de Mieris, ó se batía contemplando una batalla trazada por Salvador Rosa. Blandía un tomhawk de Illinois, y sentía que un escalpelo de Cheroké le arrancaba la piel del cráneo. Maravillado al aspecto de un rabel, lo confiaba á la mano de una castellana, saboreando su romanza melodiosa, y declarándole su amor por la noche, junto á una chimenea gótica, en la penumbra en que se perdía una mirada de consentimiento. Se aferraba á todos los goces, sorprendía todos los dolores, se apoderaba de todas las fórmulas de existencia diseminando tan generosamente su vida y sus sentimientos sobre los simulacros de aquella naturaleza plástica y vacía, que el ruido de sus pasos resonaba en su alma como el sonido lejano de otro mundo, como llega el rumor de París á las torres de Nuestra Señora.

Al subir por la escalera interior que iba á parar á